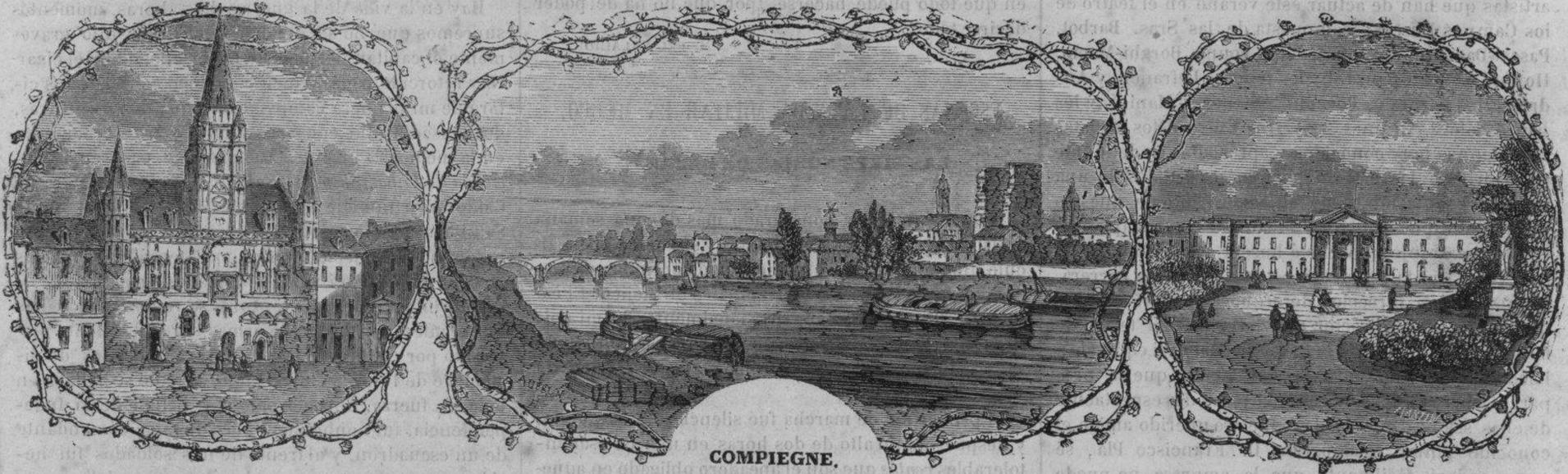


El Periódico ilustrado.



COMPIEGNE.

Año II.—Número 52.
DEL 15 AL 22 DE ABRIL DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION, PASAJE DE MATHEU, 6, TIENDA.



EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion. UN NÚMERO
 Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs. } 4 cuartos en MADRID.
 Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 » } 5 cuartos en PROVINCIAS.
 Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 50 » }

SUMARIO.—La hora en todos los países del mundo.—Revista de la semana, por Palacio.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Compiègne.—¡¡¡Abajo las propinas!!! por M. Matoses.—El mar, por A. J. Perchet.—Serenata, por F. M. y Ruiz.—Hojas de un libro, por C. C. y Rodríguez.—Cuadrilla imperial en el baile de las Tullerías.—Una duda, por J. Monreal.—Cantares, por E. G. Ladevese.—Mi único bien, por J. M. Marin.—La fuga de la escuela.
 LÁMINAS: Compiègne.—La hora en todos los países del mundo.—Cuadrilla imperial en el baile de las Tullerías.—La fuga de la escuela.

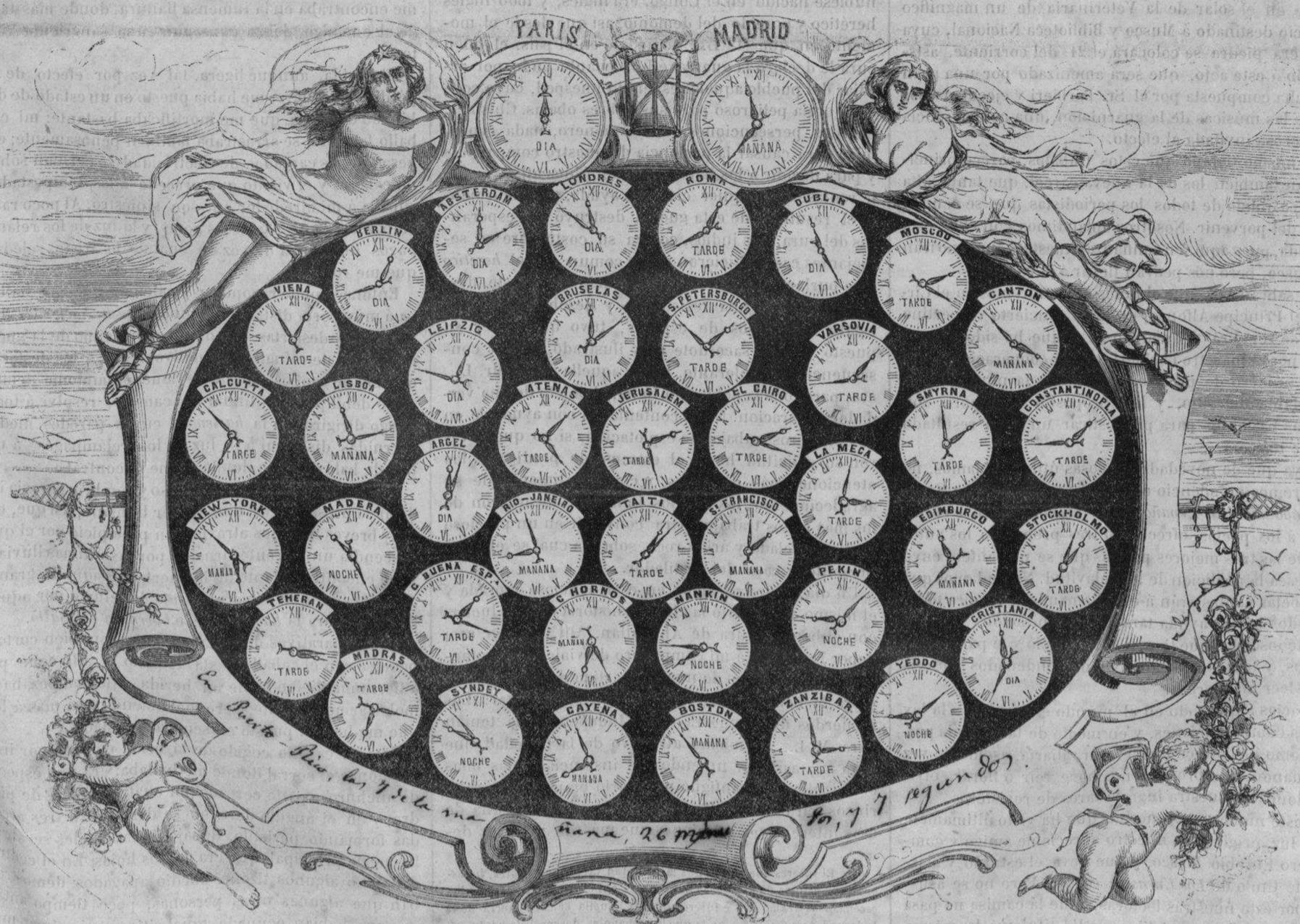
LA HORA EN TODOS LOS PAÍSES DEL MUNDO.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto el grabado que les ofrecemos á continuacion, y en el que nuestro dibujante ha trazado el cuadro que

ofrecen los relojes de los distintos puntos del globo, en el momento de sonar las doce del dia en el meridiano de Paris.

Es sobremanera curioso estudiar la diferencia que resulta, y cuyo máximo es el de Paris á la isla de Ma-

dera. Sabido es que el dia aumenta ó disminuye segun se camina al Este ó al Oeste, y hé aqui explicada la razon de estas diferencias, más ó menos sensibles, segun va uno alejándose ó aproximándose á los polos de la tierra.



LA HORA EN TODOS LOS PAÍSES DEL MUNDO.

REVISTA DE LA SEMANA.

Contra lo que nos viene sucediendo hace algunas semanas, tenemos hoy algunas novedades teatrales y artísticas que comunicar á nuestros lectores.

La primera es la de haberse publicado la lista de los artistas que han de actuar este verano en el teatro de los Campos Eliseos, compuesta de las Sras. Barbot, Pascal-Damiani, Rey-Balla, Rapp Young, Borghi-Mamo, Honoré y Pozzi Banzanti; los tenores Lefranch y Andressi; los baritonos Boccolini, Steller, y Manini, y los bajos Vialetti, Ordinas y Vairo. Entre estos artistas hay algunos muy conocidos y apreciados ya del público madrileño; los hay que vienen precedidos de una brillante reputación, y no falta algún hijo de nuestro país, que después de haber alcanzado justos aplausos en el extranjero, viene á buscar en la sanción de sus compatriotas el mejor estímulo para su carrera. En cuanto á la dirección de orquesta, estará á cargo del Sr. Vianessi, director que ha sido del teatro de Moscú y de varios de Bélgica, lo cual casi equivale á hacer su apología. Con esto; con añadir que se preparan óperas nuevas, y que la parte de espectáculo de ellas seguirá encargada á nuestro querido amigo el conocido pintor escenógrafo D. Francisco Plá, se comprenderá fácilmente que la empresa no puede presentarse bajo mejores auspicios, ni con más deseos de satisfacer las aspiraciones de la multitud.

La segunda noticia de que podemos hacer partícipes á los suscritores de EL PERIÓDICO ILUSTRADO, es la de que el proyecto iniciado tanto tiempo hace por un distinguido escritor, de construir un Teatro Nacional que venga á reemplazar al desvencijado del Circo, y á los incómodos de Variedades y Novedades, está en vías de realizarse muy pronto, si no por la iniciativa del gobierno, poco eficaz para ciertas cosas en este país, por la del interés particular y la constancia del iniciador de la idea. Todavía no debemos dar pormenores sobre este asunto, pero baste lo dicho para ir preparando los ánimos á esta nueva mejora.

No será pequeña tampoco la que experimentará el paseo de Recoletos, con la construcción que va á hacerse en el solar de la Veterinaria de un magnífico edificio destinado á Museo y Biblioteca Nacional, cuya primera piedra se colocará el 24 del corriente, asistiendo á este acto, que será amenizado por una gran marcha compuesta por el Sr. Barbieri y ejecutada por todas las músicas de la guarnición, una concurrencia numerosa invitada al efecto.

Al mismo tiempo que estos trabajos, parece principián también los de la nueva cárcel, que tanta falta hace, á juicio de todos los periodistas que se ocupan algo del porvenir. Nosotros aplaudimos con ellos esta medida, pues aquí, en confianza, nuestras obras no irán al Museo, pero nos pedrán llevar á la cárcel.

Ya sabrán Vds. que el lunes 16, tendremos en el Circo del Príncipe Alfonso, un gran concierto vespertino que se repetirá el domingo 22, y que ha sido organizado por el maestro Barbieri, con la cooperación de un gran número de profesores. Esto, y la novedad y lo agradable del sitio, y lo apropiado de la hora, son causas bastantes para pronosticar un buen resultado á este negocio.

Y ya que de novedades y cosas útiles hablamos, no pasaremos en silencio el digno proceder de *La Sociedad Abolicionista Española*, que ha convocado á certamen á los poetas, ofreciendo tres premios á los autores de las tres mejores poesías que se presenten, cuyo tema sea la abolición de la esclavitud. No dudamos que los poetas contestarán á este llamamiento, sobre todo, cuando el tema ayuda tanto á la inspiración.

¡Dichosos los que tienen aun espacio y fé para hacer versos, y tristes los que vivimos condenados á escribir y leer mala prosa!

Gracias á que todo en el mundo está sujeto á la ley de las compensaciones, y en medio de tanta mala prosa, como nos ofrece la literatura diaria, asoma de vez en cuando un libro que nos hace reír ó llorar, olvidándonos de nuestra ingrata tarea de revisteros.

A este número pertenece el que ha visto últimamente la luz, original de nuestro apreciable amigo y compañero Eusebio Blasco, y que lleva el extraño y alarmante título de *Los Curas en camisa*. Pero no se asusten por esto nuestras lectoras; lo de la camisa no pasa de ser una figura; el libro podía titularse lo mismo *Los Curas como son*, ó mejor aun, *Los Curas como debían ser*. A pesar de lo peligroso del asunto, el Sr. Blasco ha logrado poner el dedo en la llaga, y sin ofender

á una clase respetable, presenta el lado cómico de ella con una gracia y ligereza tales, que estamos seguros de que los mismos aludidos le absolverán de su atrevimiento.

Además, y sin que esto sea aludir en nada al proyecto de ley de imprenta que hoy se discute, ni á ninguno de los proyectos pasados ni futuros; en un país en que todo puede hacerse, ¿por qué no ha de poder decirse todo?

M. DEL PALACIO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN (1).

Después de haber consagrado más de una semana á visitar la ciudad de Guadalajara y sus cercanías, calculé que era llegado el momento de continuar mi excursión hacia las costas meridionales de Méjico. El capitán D. Ruperto participaba igualmente de mi opinión, así que, al día siguiente de haberle anunciado mi resolución, cabalgamos ambos por el camino de Tepic.

El primer día de marcha fué silencioso. El segundo, y después de un alto de dos horas en una de esas intolerables *ventas* que son el apeadero obligado en aquella parte de la América, atravesamos la aldea de Tequila, donde se fabrica bajo el nombre de *mescal* un licor fuerte y muy apreciado en todo Méjico, que se extrae de las raíces de una especie de aloe. Nuestra tercer jornada terminó en el pueblo de Ahuacatlan: allí nos esperaba una recepción de las más amables, bajo el hospitalario techo de un compatriota, M... L... fundador de una fábrica de destilar licores, que empezaba á prosperar gracias á su inteligente dirección. En la época de nuestra visita, la referida fábrica no contaba aun más que dos años de existencia, y los primeros esfuerzos del aventurero especulador encontraron un obstáculo tan original como sensible en el fanatismo de un cura ignorante y ridículamente supersticioso.

A los ojos de un mejicano todo extranjero, aunque hubiese nacido en el Congo, era inglés, y todo inglés herético y poseído del demonio, así que desde el momento en que M. L... se instaló en el país, el buen cura le declaró la guerra é hizo cuanto pudo por arrojar del pueblo aquel inesperado huésped, cuyo contacto creía peligroso para sus pobres ovejas. Chismes, enredos, persecuciones de todo género, nada economizó para cansar la paciencia de nuestro compatriota y para decidir á los habitantes de Ahuacatlan á que le rentasen cualquier clase de ayuda, pero felizmente el resultado de esta guerra destruyó las esperanzas del cura. Los indios, contra su costumbre en semejantes casos, hicieron causa común con el herético y se burlaron de las ridiculeces del cura, y este, desconcertado por una resistencia y desobediencia que estaba muy lejos de esperar, tuvo que ceder su puesto á otro sacerdote más ilustrado, y por consecuencia más tolerante. Desde aquella época Mr. L... era, para toda la población india, el objeto de una verdadera adoración. No se contentaron con ayudarle en sus primeros trabajos de explotación, si no que llevaron su solicitud hasta el extremo de prodigarle las atenciones más delicadas, y como testimonio de su agradecimiento, los mismos indios se encargaron de los más rudos trabajos para convertir en un precioso jardín la pelada y árida roca, sobre la cual se eleva al presente la casa del destilador.

Un día entero pasamos en esta deliciosa morada y él mismo nos refirió la curiosa historia de sus luchas con el bendito cura de Ahuacatlan. Allí también creí deber recordar á mi compañero de viaje una promesa empeñada antes de nuestra partida de Guadalajara, y era la continuación de su confesión militar. Los recuerdos de la guerra de la Independencia tenían para M. L... el mismo atractivo de la novedad que para mí; así que, uniendo sus instancias á las mías conseguimos del antiguo partidario empezase á referirnos, en medio del más profundo silencio, una de esas interesantes relaciones que más de una vez de-

(1) El interés que, según nos manifiestan varios suscritores, ha excitado la historia de *El Soldado Curcño*, nos anima á relatar otra de las escenas más dramáticas é interesantes de aquella celebre guerra de la Independencia mejicana, en la que los españoles, desgraciadamente, cometimos no pocos desaciertos, cuyos funestos resultados experimentamos más tarde. *Las siete norias de Bajan* son pues una continuación de *El Soldado Curcño*, puesto que en ella figuran algunos de los principales personajes que ya conocemos.

vieron entretener las nocturnas veladas de sus compañeros de armas, ó abreviar la monotonía de sus pesadas marchas por el desierto.

I.

UN VERDUGO EN LAS RUINAS.

Hay en la vida de la guerra, días, horas, momentos supremos que no se olvidan jamás, nos dijo gravemente el capitán después de haber encendido el cigarrillo y retorcido pausadamente su bigote gris. No os citaré de mi primera campaña más que dos aventuras, dos episodios que conservo y conservaré eternamente en la memoria: una cierta noche que pasé en la hacienda de la barranca del Salto, cerca de la llanura de Calderón y un viaje de algunos días que hice desde Saltillo á Monclova. Ambos episodios produjeron en mi ánimo más efecto que los más terribles combates en que, durante mi vida, he tomado parte.

La primera de estas aventuras se remonta á los días que siguieron al hecho de armas tan audazmente provocado por el cura de Dolores. Era en el mes de diciembre de 1840: la isurrección naciente se hallaba en toda su fuerza. Alistado bajo el pabellón de la Independencia, fui nombrado al poco tiempo comandante de un escuadrón, y al frente de mis soldados fui herido en una escaramuza en las cercanías del puente Calderón. Dispersado mi escuadrón quedé sobre el campo de batalla, y cuando al cabo de una hora recobré el conocimiento, no ví á nadie á mi alrededor; únicamente mi caballo caracoleaba á mi lado, y por lo visto era el único que no me había abandonado. Como mi herida era leve y en la cabeza, razón por la cual había sin duda, al recibirla, perdido el sentido, me formé un vendaje con dos pañuelos, monté nuevamente y deseoso de entrar pronto en Guadalajara, único punto á donde en aquel momento podía dirigirme, lancé mi caballo al galope á través de caminos desiertos, esperando de este modo evitar los peligros de otros caminos, si bien más cortos, frecuentados por el enemigo.

Desgraciadamente la noche me sorprendió cuando aun me faltaban diez leguas para llegar á la ciudad, y me encontraba en la inmensa llanura, donde más tarde el enemigo debía conseguir una sangrienta victoria.

Mi herida, aunque ligera, tal vez por efecto de la pérdida de sangre, me había puesto en un estado de debilidad dolorosa, que me mortificaba bastante: mi caballo fatigado, se arrastraba también penosamente; espesas nubes cargadas de electricidad se cernían sobre mi cabeza, y el viento que precede á las tempestades silbaba á mi alrededor en son siniestro. Al poco rato empezaron á caer gruesas gotas, y la luz de los relámpagos iluminaba de vez en cuando la triste soledad que me rodeaba.

Entonces pude reconocer y calcular que me hallaba á muy corta distancia de una de esas haciendas arruinadas y desiertas, que desde el principio de la guerra servían de refugio, alternativamente, á los destacamentos de ambos ejércitos. Conceptuándome demasiado débil para continuar mi camino, resolví á todo riesgo dirigirme á la hacienda, cuyas paredes medio derruidas distinguí á la luz de los relámpagos, á un tiro de bala del sitio donde yo me encontraba.

Nada en aquel recinto silencioso y sombrío parecía indicar la presencia de ningún ser humano, así que, en muy breves minutos atravesé un precipicio por el que descendía un torrente formado por las últimas lluvias, y me encontré delante de la puerta de aquella granja abandonada, que debía servirme de refugio por aquella noche: era la hacienda de la barranca del Salto.

Mis preparativos de instalación fueron bien cortos: penetré con el caballo hasta el patio y allí eché pié á tierra maldiciendo de mí herida, que empezaba á molestarme bastante, pero maldiciendo aun más á los que me habían puesto en semejante estado.

Con mi caballo cogido de la brida empecé por inspeccionar el corral donde me hallaba: era una especie de anchuroso patio cercado por cuatro paredes de piedra, y en el ángulo derecho se destacaban tres arcadas formando peristilo, debajo de las cuales se abría la puerta principal, que era de dos hojas. En el centro del patio algunos tizones medio apagados demostraban que algunas otras personas, poco tiempo antes que yo, habían ocupado aquel sitio y mi primer movimiento fué reanimar aquella hoguera soplando los tizones. Até el caballo á uno de los pilares de la entrada y cogiendo con una mano un tizon encendido, y

amartillando con la otra una de mis pistolas, penetré en el interior de la *hacienda*, dirigiéndome á donde yo suponía deberían hallarse las habitaciones de sus antiguos dueños. Sin embargo, el camino que habia emprendido no me condujo sino á otro patio más pequeño y desmantelado que el primero, y del cual se exalaba ese olor infecto y nauseabundo que reina en los campos de batalla donde no se han recogido y dado sepultura á los cadáveres. Efectivamente, dos de estos yacian en un rincón del patio medio ocultos bajo un monton de escombros.

No quise pasar más adelante y me volví por el mismo camino; pero antes de llegar al primer patio, ví una puerta en la que no habia reparado antes, la cual cedió á mis esfuerzos consiguiendo por fin abrirla: avancé resueltamente encontrándome en una espaciosa sala cuadrada, cuyas paredes se hallaban adornadas de cuadros desgarrados y agujereados por las bayonetas, y este fué el sitio donde resolví instalarme, de la manera más cómoda posible. Los muebles, hechos pedazos, se hallaban acinados en un rincón y calculé que podian servirme para improvisar una cama; no me restaba más que ir en busca de mi caballo para hacerle partícipe de mi nuevo abrigo, y ya me disponía á salir, cuando un tiro de fusil hizo vibrar los sonoros ecos de la *hacienda desierta* y el silbido de una bala que pasó rozando mi cabeza, me hizo comprender que la agresión era dirigida á mí. De un salto me lancé fuera de la sala hospitalaria, pero desgraciadamente al llegar al primer patio mi pié tropezó con unas piedras, mi pistola y el tizon se escaparon de mis manos, y me fué preciso buscar á tientas el sitio donde habia dejado mi caballo. Allí me esperaba un nuevo contratiempo: el animal habia desaparecido y con él mi equipaje, mi lanza, mi sable y hasta la otra pistola que me restaba.

Me hallaba, pues, solo, sin armas, herido y á merced de mis enemigos incógnitos: no me quedaba otro recurso que abandonar inmediatamente la *hacienda* donde mi misterioso agresor podia, de un momento á otro, enviarme otra bala mejor dirigida que la primera.

(Se continuará.)

J. BELZA.

COMPIEGNE.

Como verán nuestros lectores, EL PERIÓDICO ILUSTRADO inaugura desde este número una nueva forma de grabados de cabecera. Esta será, como hasta aquí, la vista de una ciudad ó un paisaje de España ó del extranjero, pero presentando al mismo tiempo los monumentos ó bellezas más notables que se encuentren en él.

El que hoy publicamos representa la villa de Compiègne, lugar de residencia de la corte de Francia durante una temporada del año, y famosa por sus bosques y su histórico castillo de Pierrefonds, en cuya restauración se trabaja todavía.

Compiègne encierra una población de más de 12.000 habitantes, y está situada sobre la orilla izquierda de l'Oise, que se atraviesa por un puente de piedra de tres arcos, construido en tiempo de Luis XV.

Sus edificios más dignos de llamar la atención son, además del castillo ya citado y que figura en la cabecera, el Hotel de Ville, reproducido también en el cuadro de la izquierda; la torre de Carlos el Calvo, de la que no quedan más que las ruinas, y las iglesias de San Antonio, Santiago y San Nicolás.

En un principio, Compiègne no era más que un sitio de caza; Carlos el Calvo lo agrandó, nombrándole *Carlopolis*. Desde entonces ha ido creciendo en importancia hasta llegar á la que hoy tiene, debida más que á otra cosa, á las peregrinaciones de la corte.

¡¡¡ABAJO LAS PROPINAS!!!

(ARTÍCULO DE LUJO.)

Tomo la pluma, lector del alma, con la firme convicción de que mis líneas, buenas ó malas, han de excitar la ira de no pocos *vidiores* del mundo civilizado, el odio de muchos de los que ganan el pan con el sudor de su frente, y la compasión de casi todos los *tributarios de la propina*.

A pesar de esto, y en la inteligencia de que pasaré por un miserable ó *roñoso*, me creo obligado á darte cuenta de lo pernicioso que es una costumbre harto arraigada en España, aunque no debida su invención

á ningun hispano, de lo cual no puedo menos de felicitarme.

Ya preveo los disgustos que voy á tener, ya observo en lontananza la cruzada de *simones*, mozos de café y aprendices de todos oficios que, afilando *sus armas*, se aprestan á atacarme con dicerios (que será lo de menos), ó con golpes (que será lo de más); pero es fuerza que te diga lo víctima que eres, ¡oh lector! de una costumbre que, como otras tantas que nos *trasmiten* los traspirenaicos vecinos, se ha introducido en este clásico país sin pagar derechos de aduanas, y que nosotros con sobrada candidez nos encargamos de hacerlo: fuerza es, pues, que te lo haga notar y lo haré pese á quien pese.

In illo tempore, hace la friolera de treinta ó cuarenta años, los artículos de primera, segunda ó tercera necesidad tenían un precio determinado, y que solo alteraba el importuno *regateo* del comprador, y la *condescendencia supina* del vendedor.

Hoy, lector querido, sucede todo lo contrario. Sobre el fabuloso valor que las cosas van teniendo, necesitas añadir el 10 por 100 que te absorbe una contribución *indirectamente directa*, una alcabala casi forzosa, un monstruo, en fin, al que han dado en llamar PROPINA.

Ni el rico, ni el pobre, ni el joven, ni el viejo están exentos de cumplir con la rigurosa ordenanza de esta feroz socaliña, de esta fenomenal, anti-social y antimoral costumbre.

Costumbre que te persigue por todas partes en figura de sér que pide; y sino, compra por ejemplo, un mal pañuelo, y al momento se te aparecerá el monstruo con el brazo estendido, la mano abierta, la cara risueña y el semblante espresivo en grado máximo.

Hazte un sombrero; despues de las formalidades de costumbre, esto es, medida, clase, precio, etc., es indispensable dejes las señas de tu casa. El aprendiz le lleva, su viaje no figura en la cuenta, pero en cambio, él es una *factura viviente* que suma, segun tu posición, 2, 4, ó 6 rs.

En la peluquería, el mancebo te soba un poco más de lo justo, te habla ó aturde con *dulzura*, te cepilla, te alarga el sombrero...—Síntesis: un real.

El *auriga* atormenta el *penco* si te conduce solo, suelta las riendas si vas *acompañado*, te llama señorito si eres menestral, caballero si *calzas* guantes...—Resúmen de tanto *jabon*: 2 rs.

El aspirante á sastre, vulgo aprendiz, alaba tu cuerpo si eres jorobado, tu elegancia si careces de ella, la bondad de la tela, si ésta tiene de todo menos de bondad, y dispara, en fin, otros mil *piropos*... que representan 4 rs.

El zapatero ensalza tus piés aunque puedas dormir derecho, más, ya sabes que la alabanza no es gratis, y... *propina* al canto.

¿Quién ignora que un café cuesta 2 rs., que una docenita de *escogidos* (entre los peores), vale cuarenta cuartos; limpiar el calzado, real y medio; planchar una camisa, 4 rs., y así sucesivamente?

El mozo de cuerda, el *garçon* de la fonda, el mercurio de tus amores, el portero, el sereno, el aguador, y en fin, todo bicho viviente que te sirva tanto así (1), se cree con derecho á ser retribuido.

Ahora bien; ¿puedes dejar de dar propina á cada uno de estos? No, ¡vive Dios! si no quieres esponerte á cobrar un enemigo, pero un enemigo formidable, temible, rencoroso, vengativo.

Entra en una tienda, compra una friolera, no des la sacramental propina, y la segunda vez que pises el mismo establecimiento, te conocerán (aunque haga dos años que no te vean), servirán lo peor posible y tendrás que cargar con lo que quieran endosarte, so pena de armar un escándalo.

La fisonomía del *anti-propinista* se estereotipa en la imaginación del *hortera*, *mozo*, *simon* ó *aprendiz* de un modo espantoso.

No hay más remedio; dedica siempre que te echas á la calle la cuarta parte de tu caudal al capítulo imprevisto de *propinas* si quieres verte servido como Dios manda, ó de lo contrario, emigra de la sociedad.

En vista, pues, de lo anterior, y teniendo en cuenta que *mis riquezas* no se encuentran en consonancia con los gastos que ocasiona ese turbion de contribu-

(1) Para comprender este *tanto así*, es preciso introducir la uña del dedo pulgar en un diente de la mandíbula superior, y una vez allí, hacer un movimiento con la mano hácia afuera: acción que indudablemente ha de producir un estallido, que en los escribanos resulta en tono de *si bemol*.

ciones forzosas, y teniendo en cuenta asimismo (este es mi objeto) que muchos se encontrarán en mi caso, y sobre todo, acordándome de que uno por otro la casa sin barrer, y de que nadie dice esta boca es mía, someto á tu aprobación, lector querido, la *abolición de las propinas*, quedando vigentes solo las comprendidas en este

REGLAMENTO.

Art. 1.º Dará cuatro cuartos de propina al mozo del café, el consumidor que pidiese unas gotitas de rom, un poco de *liquido de moka* en la leche amerengada, un poco de leche en el agua, un fósforo para el cigarro, ó muchas patatas en el *bistock*.

NOTA. Aunque estas propinas debieran dársele al dueño del establecimiento, no encuentro inconveniente en que se las guarde el camarero, atendiendo á que muchas veces las *gotitas* de rom suelen convertirse en *gotazas*.

Art. 2.º Dará dos reales de propina al *simon* el *conducido*, que habiendo pasado las diez de la noche y no *yendo solo*, tome un coche por una hora señalando su itinerario por la ronda de Madrid. Dará igual cantidad el que subiendo á un coche á las doce menos cinco minutos de la noche, llegue á su casa despues de las doce y no le cobren por la carrera sino cuatro reales.

Art. 3.º Todo aquel que dé á planchar el sombrero los domingos exigiendo se le lleven á su casa, *propinará* al aprendiz dos reales de *propina* por el viaje.

Art. 4.º Aquel que al afeitarse en la peluquería exija le *cosmeticen* la cabeza y el bigote ó le *pulvericen* con harina de arroz más de lo que se acostumbra, desembolsará un real de propina (y es poco).

Art. 5.º El que intrigue con los oficiales de sastre ó zapatero para que su traje ó calzado esté mejor cosido que de ordinario (y es mucho pedir) pagará ocho reales.

Art. 6.º El que sea asistido por el médico, deberá, al pagarle sus visitas, añadir cuatro reales, teniendo en cuenta su condescendencia en no haberle enviado al otro mundo.

Art. 7.º El que pretenda ir á los teatros de Variedades, Circo ó Zarzuela y el recaudador le diga que no hay billetes, dará dos reales de propina por haberle ahorrado un mal rato.

Art. 8.º Se facilitarán dos cuartos de propina á los vendedores de periódicos que no lleven *El Cascabel*, *Las Disciplinas*, *El Español* y otros por el estilo.

ARTÍCULO ADICIONAL.

El gobierno perseguirá á las estanqueras que de cada *saca* de cigarros *sacan* los preferibles (que siempre son peores) para que les produzcan cuatro cuartos más por docena.

Todo español puede obligarse á hacer cumplir este reglamento por todas partes, y si gusta, puede también fijarlo en los forros de sus bolsillos.

Madrid.—Sábado de gloria.—Y en mi *palacio* piso primero, bajando del cielo.—*Es copia*.

MANUEL MATOSES.

EL MAR.

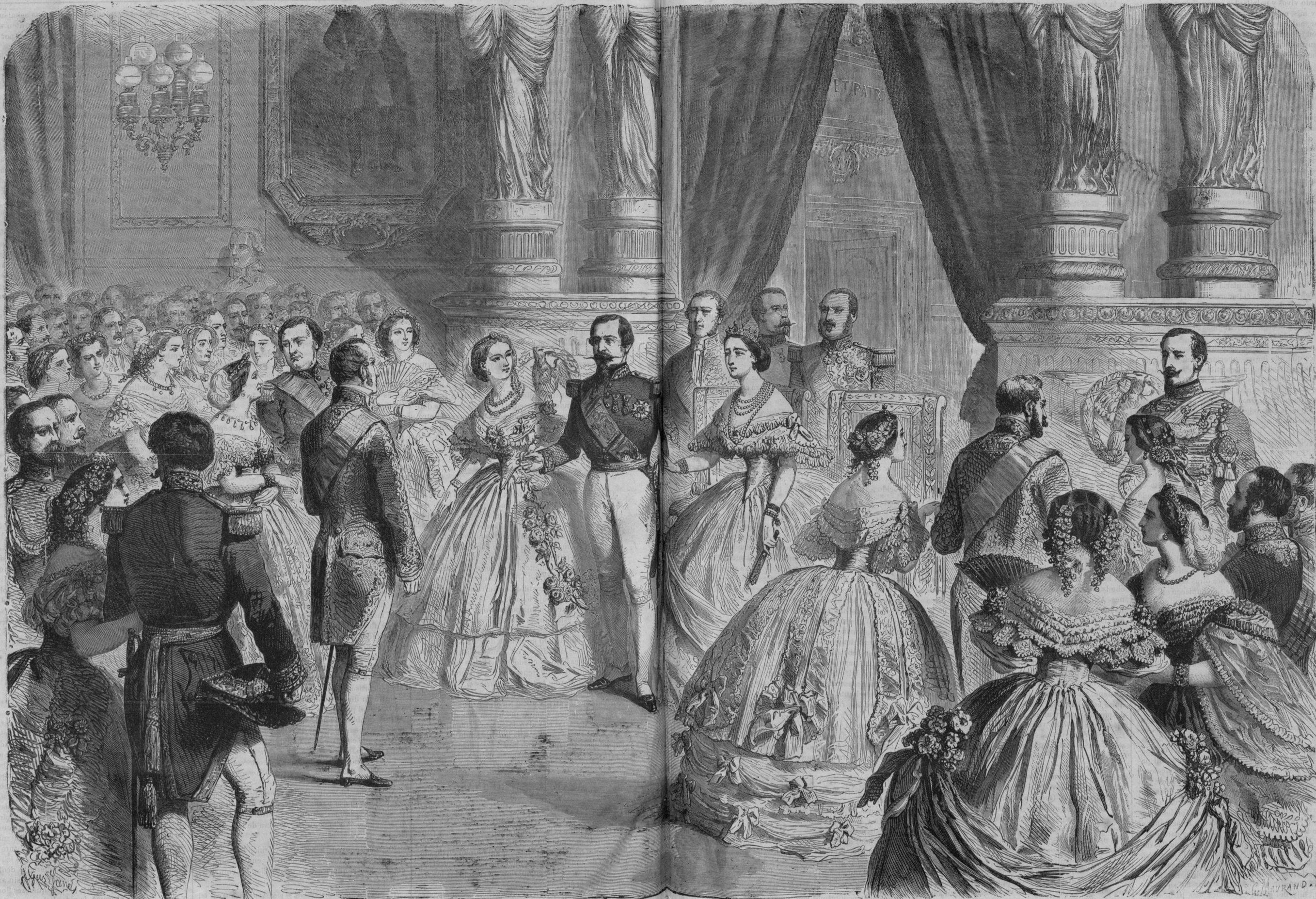
Á E.....

Permite un instante que deje vagar mi pensamiento en la atmósfera de los recuerdos, y que vuele á tí mi corazón, dichoso ante la idea de mi felicidad.

Hay días y momentos en la existencia que se identifican á la criatura, como si la eternidad los grabase en el pecho con su buril de fuego. Hay circunstancias y detalles imperecederos en la historia de un amor, hijos poderosos de un alma llena de fé y entusiasmo, que no envejecen, que no mueren, y que señalan una página brillante del corazón enamorado. El espíritu se apodera de esos detalles; los acaricia, los conserva, los diviniza, y son más tarde como la piedra miliaria que muestra el camino á la región de la ventura.

Hoy por la vez primera te escribo, y esa es la causa de mi contento. Hoy, por la vez primera, te dedico la humilde creación de mi inteligencia, flor sin aroma, ave sin canto, cielo sin luz; pero tú que eres flor, ave y cielo, le darás el aroma, la vida, la luz que le falta.

He querido hermanar en estas líneas las dos ideas más gratas de mi vida: tu pensamiento y el mar; mi ventura de ahora y mis recuerdos de ayer; recuerdos



CUADRILLA IMPERIAL EN EL ÚLTIMO BAILE DE LAS TULLERIAS.

que guardo vivos y palpitantes porque concentran mis sueños y mis esperanzas....

El mar, antiguo amigo, ¿cómo no amarle si sus olas me vieron nacer? He navegado sobre sus aguas, las he visto romperse amenazadoras contra mi buque, pero nunca he temido sus iras ni sus traiciones.

Desde los risueños jardines de Granada sígueme un instante, adorada E.... á las orillas del mar. Atravesemos la cadena de montañas que encierran en un dilatado círculo á la reina de Andalucía, y detengámonos junto á la playa. Una cinta azul que se dibuja inmóvil en el lejano horizonte, confusa primero, despues más clara, indica el término de nuestro viaje. Poco á poco la cinta que descubrimos entre los montes se ensancha y crece; luego toma movimiento, y por último llega á nosotros una voz que en nada se parece á las mil voces de la naturaleza. Ese es el mar.

¿Si supieras qué de revelaciones hay en el rumor de las aguas marinas! La eterna aspiración del infinito aumenta á la vista de ese elemento. Es un mundo de amor, de tristeza, de melancolía, de placer. El alma se abisma en sueños desconocidos, misteriosos... Hay en la voz siempre grave, de las olas, algo que seduce y conmueve. En vano intentaríamos explicarnos su lenguaje. Si tú oyese algún día esos rumores, que tanto parecen amenazas como lamentos, ¿cuánto gozaría tu alma de poeta! ¿Cuántas lágrimas brotarían de tus ojos! ¿Cuántas bendiciones formularía tu corazón!

Desde lejos se anuncia el poderoso títan por los effluvios de su aliento ácre, penetrante, que dá vigor y alegría. De cerca, la mirada se sumerge en su inmensa extensión, y el espíritu siente más grande, más elocuente, la voz de la divinidad.

El agua del mar atrae como la luz. Si llegas á la playa, parece que una fuerza superior te detiene allí largo tiempo; pero el tiempo es entonces la sensación que experimentamos. Los hijos del mar, los que al ver rugir las olas desean surcar el espumoso piélagos, no encuentran sin duda igual atractivo en ningún otro espectáculo de la naturaleza. El campo, mar tranquilo, no tiene tanta magestad ni hermosura. Siempre aparece algún límite deteniendo el vuelo de la imaginación, y la imaginación que busca eternamente el más allá, se cansa y fatiga.

¡Oh santo amor de la patria, yo te bendigo! Habla al montañés de un país que no sea las rocas y los picos elevados; á quien nació en las llanuras háblale de montes y cascadas, y el uno responderá suspirando por sus agrestes montes, y el otro suspirará por los llanos donde vió la luz. Así el hijo del mar, lejos de su hermosa madre, vive cual un ave prisionera, ansiando respirar las brisas marinas y soñando con el rumor de las aguas.

Las olas al morir en la playa la cubren de una ancha cinta de espuma, semejante á un riquísimo encaje. Al mirarlas avanzar unas sobre otras empujándose á cada movimiento, diríase que se complacen en jugar con la arena, adelantando y retrocediendo, como la ilusión que brilla un instante para morir en seguida. ¡Finge tanta ilusión el mar! Acaso es el reflejo del hombre con sus pasiones, sus calmas y sus tormentas; los huracanes que lo agitan, sus quejas y sus venganzas. Avaro y codicioso, su seno oculta infinitos tesoros que roba y no devuelve.... También el hombre guarda en su pecho despojos de sus triunfos y recuerdos de sus traiciones; ¿por qué hemos de ultrajar al soberbio gigante?

Si entramos en un puerto te sorprenderá el panorama de vida y animación que se presenta á tus ojos. Numerosos barcos cruzan las aguas con sus velas extendidas. Otros, inmóviles, amparados por la bahía, están aferrados á las seguras anclas. Aquel mundo flotante parece que sonríe al agitar el viento los mil pabellones y gallardetes de formas y dibujos, y colores distintos. El canto de los marineros se confunde con el rumor de las olas y las voces de carga y descarga; y entre esos ruidos que no cesan se oye el ronco grito de la gaviota, del pájaro de los mares. Tendidas sus blancas alas se eleva á grande altura, y veloz como el águila de los campos, arrójase á las aguas para robar al descuidado pez. En la calma y en la tormenta, impasible y serena cruza los espacios, roza la superficie del mar, se deja mecer por las olas, ó lanza su áspera voz inmóvil en la desnuda roca cuyo pié bañan las espumas. El huracán es su sér; la tempestad su gloria. ¡Feliz tú, hija del cielo, que tienes alas para volar! ¡Con cuánta envidia te miro cuando desapareces en la bruma de los horizontes! ¡Y el hombre encadenado

á la tierra no te puede seguir en tu peregrinación!

A la aurora, el mar muestra un color oscuro de violeta. Luego que el sol brilla, deslumbra como un espejo de oro, y por último aparece azul. Su claridad sube al horizonte, haciéndolo más puro y trasparente; por la noche se viste de sombras, pero si hay luna ofrece un bellissimo resplandor, dulce y apacible.... Si no me llamas *romántico* procurarías describirte el encanto de esas noches.

La vegetación de la tierra es pobre y miserable, comparada á la magnífica vegetación de los mares. Las plantas y los arbustos ofrecen aquí una riqueza extraordinaria á la par que formas y dibujos preciosos y complicados. El coral estiende sus ramas bajo el agua límpida. La concha y la nácar tapizan valles y grutas, y otras mil plantas fingien graciosos penachos y esbeltos abanicos, cuyos colores varían y se confunden en caprichosos matices imposibles de imitar.

En medio de esa selva viven y se agitan numerosos séres, disfrutando una existencia armónica y tranquila, consagrada al amor, el cual se divide y subdivide desde el enorme cetáceo hasta el pez microscópico.

Pero no todos los séres marinos habitan los tranquilos campos que les brinda el seno de las aguas. La colosal ballena elige por teatro de sus amores los mares del polo, y entre inmensas masas de hielo, que forman precipicios, montes y rocas alumbrados por el mágico resplandor de la aurora boreal, goza risueñas delicias con la compañera de su corazón.

La vida del marino está llena de temores. La vigilancia es en todo tiempo extraordinaria. El mar es un terrible enemigo. Escollos, bancos de arena, vientos imprevistos, nieblas y calmas, ¿quién sabe lo que espera al navegante? Fuera del puerto los peligros crecen. Al tranquilo oleaje de la orilla suceden olas mayores; al imperceptible balanceo de la rada fuertes movimientos. La costa va quedando lejos hasta que poco á poco se borra por completo, presentándose entonces la extensión de las aguas que se confunden con el horizonte, formando un círculo cuyo centro ocupa el buque, que parece estar bajo un fanal magnífico.

No hay pluma que pinte con exactitud el espectáculo de una tempestad. En tierra, la naturaleza ofrece, aun en sus más horribles cataclismos, algo de esperanza consoladora. En el mar es al contrario. La vista no puede sostener largo tiempo el cuadro de muerte y desolación que hay en las aguas amenazadoras. El vendaval silba furioso. Oscuras nubes atraviesan el cielo. El mar presenta diversos colores desde el verde profundo hasta el siniestro rojizo. La espuma de las olas se divide en el horizonte más lejano, y un rugido espantoso, intenso, continuado, hiere el oído; eco lúgubre, aunque tiene cierto encanto inexplicable.

Nada más doloroso que ver desde la costa en un día de tempestad la bandera de socorro izada en el tope de un buque naufrago; si bien es más triste oír por la noche la voz del cañon confundida con la de los huracanes. Aquella voz es un grito de muerte que dice al hombre que lo escucha. «Tus hermanos están en peligro; corre á salvarlos.» Pero muchas veces es impotente la voluntad, y en vano pide auxilio la nave perdida: solo Dios puede salvarla.

Y no están reservados los peligros al navegante que cruza lejanos mares sobre hermosos navios. El pescador que apenas abandona el puerto lucha también con las fatigas y la muerte. Una débil embarcación lo sostiene. Su trabajo es penoso, aunque nadie piensa quizá en el beneficio que le debemos. ¿Cuántas veces despierta su pobre mujer sobresaltada, escuchando el viento que azota las ventanas de su humilde vivienda! La noche es oscura, y sin embargo, el pescador habia salido por la tarde con buen tiempo; mas un instante basta para enfurecer las aguas; una sola ráfaga levanta olas terribles. ¡Ay entonces de este hijo del mar! ¡Infeliz si su mísera nave no puede desplegar la vela y abandonar la costa!

Voy á terminar. Quisiera, amada E.... descubrir á tus ojos los infinitos misterios de los mares, pero basta con esta rápida mirada, para que comprendas los tesoros de belleza y poesía que guarda su seno. La idea más exacta de Dios; la revelación del alma, de la eternidad, todo lo encontramos en ese elemento móvil.

¡Ojalá que algún día saludemos juntos las olas del mar, y que nuestros corazones se eleven al cielo confundidos en un solo pensamiento de gratitud! Tales son mis votos y las ardientes esperanzas de mi amor.

Granada, Marzo, 1866.

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

SERENATA.

Atiende á mis ruegos, princesa doliente,
y enjuga ese llanto que viertes por mí;
tu padre tirano se encuentra hoy ausente:
¿qué dudas, si espera tu amante impaciente
que muere por tí?

Palacio encantado será mi castillo,
en él á tus plantas mi amor trovaré;
que á tanta hermosura gozoso me humillo
y siempre olvidando de glorias el brillo
tu esclavo seré.

Ven pronto á mis brazos, eden de mi vida;
infierno del alma será tu rigor;
¿qué esperas? la noche ya va de partida;
ven pronto y empiecen en rápida huida
ensueños de amor.

El fuego ¡ay! consume mi pecho ¡oh tirana!
en breve ni aun rastro de mí quedará...
Callóse el amante, crujió una ventana
y oyóse el acento de moza villana
gritando: ¡agua va!

F. MUÑOZ Y RUIZ.

HOJAS DE UN LIBRO.

(Continuación.)

La música es algo más que un conjunto de sonidos y una serie de armonías; es un idioma sagrado, cuyo lenguaje comprenden todas las inteligencias y cuyo sentido llega á todos los corazones. Pero cuando la música está ayudada por la palabra, entonces es un canto divino, un eco del cielo.

Cárlos y Dolores oían aquel torrente de inspiradas melodías, el uno con delectación, la otra con devoción. En aquel momento decia la voz.

*Qual mi ricerca l'ánima
dolce potenza ignota.*

Estas palabras pareció que le traían á Dolores un aire puro y celeste, pues aspiró el ambiente con avaricia, ensanchó su pecho, y sus labios dieron despues paso á un prolongado suspiro. Luego fijó sus ojos en el vacío, como si quisiera ver algo de nuevo y desconocido á través de las paredes, cuando oyó:

*Par que il devoto canto
ritrovi un eco in ciel.*

Poco rato despues la voz cesó de oírse y los sonidos del piano se apagaron. Cárlos dijo entonces á Dolores:

—Me preguntaba Vd. antes cuál era el modo de llegar al fin: este es uno. La música nos hace soñar y sentir: levanta nuestro pensamiento, eleva nuestra alma á regiones misteriosas é inmensas: abre á nuestro espíritu espacios infinitos y baña nuestras ideas con un resplandor intenso, y acaba por hacer asomar á nuestros ojos una lágrima y á nuestros labios una oración. Y el que ha llorado y el que ha orado se ha redimido, porque el llanto es la venda de la fé, y la oración es la lengua de la esperanza.

—Sí, eso debe ser, porque yo siento en mí lo que Vd. dice.... pero no puedo llorar....

—Es que Vd. ha dejado secar las lágrimas en sus ojos, y es necesario que ahora, al rescoldo del sentimiento, ese llanto se derrita.

—Es verdad, respondió Dolores con amargura.

—¿Cree Vd. ya en mis palabras?

—Creo en Vd.

—¿Me puedo dar ya el título de amigo?

—Sí, siempre; mi amigo del corazón.

Cárlos y Dolores continuaron hablando por espacio de más de dos horas. Al despedirse los dos jóvenes, le dijo ella á él:

—¿Vendrá Vd. mañana?

—Vendré

—Gracias. Ahora voy á desoansar.

—Adios, Dolores.

—Hasta mañana.

Media hora despues solo se oía en la habitación la respiración reposada de Dolores, que dormía. A haber sido curiosos y habernos acercado al lecho, hubiésemos visto que sonreía.

XII.

Aquí nos encontramos con otra *hoja del libro*, que dice así:

«4 de Setiembre.—He visto esta mañana á Dolores:

la habia prometido ir, y he ido. La he encontrado levantada y muy animosa: sin embargo, aun estaba muy débil y muy pálida. Apenas entré, me hizo mil preguntas y me dió repetidas veces las gracias por el interés que habia mostrado y mostraba por ella. Después de media hora de conversacion, me dijo:

—Quiero probarle á Vd. que soy su amiga, contándole lo que Vd. desea saber, á pesar de que ha tenido la delicadeza de no preguntármelo: voy á contarle la historia de mi vida para que Vd. conozca mi pasado, sepa mi presente y augure mi porvenir. No hago ningun esfuerzo, ni me violento para ello; me inspira Vd. una confianza ilimitada y una completa seguridad. Y luego, ¿de qué otro modo podría pagar ó corresponder á lo que Vd. ha hecho por mí?

—Yo no he hecho más que llenar un deber, le contesté.

—Pues bien; yo, ménos buena que Vd., satisfaré un deseo, replicó ella. ¿Quiere Vd. oírlo?

—Quiero lo que Vd. quiera.

—Pues allá va.

Y haciendo un esfuerzo como el que busca y despierta recuerdos en su memoria, empezó su relato del modo siguiente:

Yo nací en.... pueblo situado á la orilla del mar, de padres nobles, más por lo ilustre de su apellido que por la fortuna que poseían. No obstante, mi familia era una de las mas acomodadas de la comarca. Niña aun, tuve la desgracia de perder á mi querida madre, la cual murió abrazando y bendiciendo á sus hijos, de los cuales yo era el mayor. A pesar de mis pocos años, esta desgracia me causó una dolorosa impresion. Mi madre me habia enseñado á rezar, á amar á los pobres, á adorar á Dios: me habia hecho vislumbrar cosas que mi imaginacion no podia comprender, habia grabado en mi mente tiernos pensamientos y santas máximas que despues he olvidado torpemente, y habia confiado á mi corazon puros sentimientos y saludables consejos. Hoy se levanta su sombra en mi cerebro para acusar mis extravíos. Nueve años hace ya que huyó su alma al cielo, y estos años han sido siglos para mi dolor y segundos para mi placer. Desde entonces, ¡cuántos han sucedido! ¡cómo se ha transformado mi cuerpo y mi alma! Yo, que era alegre, juguetona y risueña, me he convertido en seria, adusta é impertinente; yo, que era crédula, y más que crédula, creyente, me he hecho escéptica y atea; yo, que lo amaba todo, no quiero á nadie; yo, que gozaba en todo, no gozo en nada. Recuerdo que algunas mañanitas, que por casualidad me levantaba temprano, momentos antes de que apareciese el sol, sentía un vivísimo placer en asomarme al mirador de mi casa, que dominaba el mar y en ver cómo se alzaba de entre su lecho de ondas, limpio, brillante y encendido el astro del dia, quebrando con sus rayos la malla finísima de las tinieblas, y dorando con su luz hasta el rincón mas escondido del horizonte. Entonces yo iba á la iglesia con mi madre, y Dios esclarecía tambien mi pensamiento con el resplandor augusto que le circunda en sus altares. Desde el mirador yo veía á Dios en la grandeza magnífica de la creacion; en la iglesia yo sentía á Dios en la mística atmósfera de la religion. Hoy ni admiro la naturaleza, ni dirijo mis pasos al templo: densa niebla ciega mis ojos, vagas sombras oscurecen mi corazon.

Dolores hizo una pequeña pausa, que era como un pequeño descanso: su imaginacion recorria á jornadas el camino de su vida, y necesitaba cobrar fuerzas para seguirlo y terminarlo.

Despues continuó:

—Al poco tiempo de haber muerto mi madre, un suceso inesperado y extraño vino á turbar la tranquilidad de mi casa, y muy particularmente la de mi pecho. Fué uno de esos acontecimientos que no se prevén, y que, por lo tanto, causan mayor efecto cuando se conocen. Mi padre llegó á enamorarse perdidamente de la criada que nos servía. Yo no sabré ni podré decir, y aunque lo supiese y pudiese no lo diría, si lo que sentía mi padre por aquella mujer era amor ó deseo. Sea la que quiera de ambas cosas, me repugnaba. Si era amor, la memoria de mi madre exigía un poco más de agradecimiento y de cariño; si era deseo, exigía un poco mas de respeto y atencion. Yo, á la sazón, tenía unos catorce años, y conocía los inconvenientes y las consecuencias desagradables que podia traer á mi familia aquella pasion ó aquella locura. Sobre todo yo, que veía vagar aun la sombra de mi madre por todas partes, que soñaba con ella, que cuando me despertaba aun creía que vendria á sorprenderme en la cama con un beso; yo, que aun la veía en mi imagi-

nacion ocupando su sitio en la mesa entre sus hijos y apoyada en el brazo de mi padre, no podia creer que este la olvidase tan pronto, para entregarse á una mujer que, ni por su educacion ni sus virtudes, merecía aquel cariño. Tal comparacion me parecia un delito, tal olvido le creí una profanacion.

Pensé que mi padre, pasado el primer arrebató de aquel sentimiento ó instinto que trastornó su corazon, meditaria las consecuencias del paso que intentaba dar y se detendria á tiempo en su camino. Pero ¡vana esperanza! los dias pasaban, y con ellos iba aumentando la llama de su deseo, llama en la cual despues tenia que quemarme yo. Lo que entonces pasó por mí, no lo sabré esplicar: sentí que el rubor de la vergüenza asomaba á mi rostro, que los celos que mi madre hubiese podido sentir herian mi pecho, y que el látigo de la crítica y de la murmuracion azotaba el nombre honroso y honrado de mi familia. Yo me imaginaba ver ya á mis hermanos dirigidos por el gesto altivo y la mano implacable de una mujer que no les amaba: yo me figuraba el triste espectáculo que presentaria mi casa, que la Providencia la habia formado para que fuese un paraiso, y la fatalidad se empeñaba en convertirla en un infierno: yo pensaba en cuál seria mi suerte, y al forjarme todas estas ideas, y al imaginarme el porvenir que se me ofrecía, las lágrimas saltaban de mis ojos y mis labios solo tenían fuerzas para articular ¡madre mia! De esta manera trascurrió un año: un año de zozobras, de sobresaltos y de inquietudes. Mi corazon temia y estaba alerta; así que, en cada movimiento, en cada gesto y en cada palabra, creía ver al ladrón que se acercaba á robar la memoria de mi madre, y al sacrilego que intentaba profanar el lecho donde murió. Por fin, llegó un dia en que mis temores se realizaron. Mi padre, sin dar cuenta á la familia ni á nadie, contrajo matrimonio con la jue dias antes habia sido nuestra criada. Yo, aquel dia, me encerré en mi cuarto y no salí de él: lo pasé llorando. Al llegar la noche, el sueño se negó á cerrar mis párpados, y no pudiendo dormir, la pasé rezando. Al dia siguiente, me levanté con calentura. Era muy temprano. El alba asomaba su blanco celaje. Yo me dirigí al lecho donde dormían mis hermanitos, y les besé una y cien veces. Ellos ignoraban el cambio que acababa de ocurrir en la familia, y estaban tranquilos, porque el ángel de la inocencia velaba su sueño. Yo fui á buscar el sosiego que ellos tenían y á mi me faltaba, á la iglesia, á los piés de la Virgen de los Dolores. Sin hacer el menor ruido salí de mi casa: al encontrarme en la calle, la brisa húmeda de la mañana hirió mi rostro y refrescó mis ideas, y al entrar en el templo, una nueva atmósfera mas límpida, un ambiente mas puro y una luz mas clara, despejó mi pensamiento. De rodillas ante la imagen de la que es la esperanza nuestra, permanecí largo rato sumida en mística contemplacion. Yo no sé lo que pedí á la Virgen; lo que sí sé es que al salir de la iglesia mi pecho respiraba con mas libertad, mi cabeza estaba más despejada y mi corazon mas tranquilo. Al volverme á casa noté que un hombre me seguía. Era aun muy temprano. El sol parecia en aquel momento que bañaba su encendida cabellera en las saladas olas del mar: las flores se estremecían al contacto sutil del aura; las aves trinaban en las copas de los árboles, y allá á lo lejos se oía el canto de algun pescador, cuya voz se perdía en el seno del espacio. Todo esto lo absorbía mi alma con placer, con ese placer religioso que se siente cuando la creacion nos deslumbra dándonos un pálido reflejo de la grandeza de Dios.

De pronto dijo Dolores, interrumpiéndose:

—A Vd. le extrañará este lenguaje en mis labios: entonces hablaba, creía y sentía así. Por muy mala que sea hoy dia, ha habido una época en mi vida en que he sido buena; época que yo miro ahora con la tristeza que una siente al recordar el bien perdido.

Dolores hizo aquí otra pequeña pausa, despues de la cual volvió á proseguir su narracion.

—Como he dicho antes, al salir de la iglesia noté que un hombre me seguía; pero no me apercibí de ello hasta que llegué á casa, entregada como iba á reflexiones tan serias y que tanto me afectaban. Al abrir la puerta, dirigí involuntariamente una mirada al que seguía mis pasos, el cual contestó á la mia con otra que me avergonzó y me obligó á entrar de prisa en mi casa y cerrar en seguida la puerta. Aquella mirada, intensa como la luz de un incendio y brillante como las chispas del rayo, al tocar la mia, que en aquel instante estaba bañada con un destello del fulgor divino, produjo en mi alma un efecto inexplicable, una sacudida eléctrica que me dejó desvanecida. Aquella pupila

abierta, fosforescente y escudriñadora, pareció que entraba en mi sér á robarme.... ¿qué? No sé: mi cuerpo estaba tranquilo, la túnica de mi alma sentí que la habian desgarrado. Presa de una angustia horrible entré en mi cuarto, y cuando me llamaron para comer, pretesté estar enferma con el objeto de disimular la inquietud que me agitaba y no ver ocupar el sitio de mi madre á la madrastra que se nos habia dado.

Al dia siguiente, al abrir el balcon de mi cuarto, vi un ramo de flores en una de las macetas. ¿Quién lo habia puesto allí? Acababa de hacerme esta pregunta cuando la mirada cándida é insolente á la vez del dia anterior me dió la respuesta. El hombre que me habia seguido de la iglesia á casa, estaba debajo del balcon. El brillo siniestro de sus ojos atrajo hácia él los mios y.... le vi, y al punto me retiré. Era jóven, elegante y simpático. Me pareció forastero; yo no le habia visto jamás. Al retirarme del balcon dejé el ramo en la maceta; pero el perfume de aquellas flores habia anudado la respiracion en mi garganta y los latidos en mi corazon. Toda la mañana la pasé sin poder arrojar de mi pensamiento el recuerdo de aquel hombre. Un cuarto de hora antes de comer, mi padre entró en mi habitacion, y con voz dura é imperiosa, me dijo:—Dentro de un instante ocuparás tu lugar en la mesa: creo que no me obligarás á que te lo diga segunda vez. Te advierto que hay hoy un convidado; así que, antes de bajar, vistete.—Y salió.

Yo no sabia qué hacer: un instinto de repulsion me alejaba del lado de mi madrastra, pero al mismo tiempo la obediencia que debia á mi padre me obligaba á respetar sus órdenes. Entre estos dos deberes no sé cuál hubiese vencido, á no haberse mezclado un sentimiento de curiosidad en mi pecho. Sin saber por qué, pensé en el desconocido: «¿será él?» me dije, y sin fijarme en más, y como arrastrada por un secreto móvil, me vestí y bajé al comedor. En la seguridad de mis pasos, en la fijeza de mi mirada y en la concentracion de mis ideas habia algo de alucinacion, de sonambulismo, de desvario. Yo iba como atraída por el brillo magnético de unos ojos, y efectivamente era así: al entrar en el comedor me encontré con aquella mirada maligna que á un tiempo miraba y sonreía. El convidado era mi desconocido.

(Se continuará.)

Solucion de la Charadá del número anterior.

MARCELINO.

CUADRILLA IMPERIAL EN EL BAILE DE LAS TULLERIAS.

Hemos presentado la corte de Francia bajo diferentes aspectos; la presentamos hoy en la gran lámina del centro de este número, engalanada con traje de baile, y dando el tono de la animacion y alegría de la fiesta, en lo que se llama oficialmente la cuadrilla imperial. Nuestros lectores reconocerán fácilmente al emperador y la emperatriz colocada á su izquierda: en cuanto á la dama de la derecha es una noble alemana, pareja del príncipe Napoleon que está á su frente.

El aspecto del salón de baile de las Tullerías es ciertamente deslumbrador, pero no iguala al que ofrece en noches semejantes el llamado de Embajadores en el palacio de Madrid, y que escede á aquel en grandiosidad, ya que no sea posible en buen gusto.

Solucion del Geroglífico del número anterior.

La mision del pobre
en este suelo,
es hacer al rico
ganar el cielo.

Correspondencia de EL PERIODICO ILUSTRADO.

D. M. R., de Granada; recibidos los sellos y queda Vd. suscrito.—M. O., de Pamplona; id. id.—A. P. del R., de Talavera de la Reina; queda suscrito segun su deseo; remitidos los números.—J. M., de Sitges; queda Vd. suscrito desde 1.º de febrero, siendo el número 42 el primero para su coleccion.—J. M., de Ponferrada; queda Vd. suscrito; recibimos las libranzas; hemos mandado los números para su coleccion.—P. M., de Zaragoza; su suscripcion terminará en 15 de marzo del 67.—B. M. y F., de San Vicente de Alcántara; queda renovada su suscripcion.—D. J. C., de los Hoyos; su suscripcion terminará en 1.º de febrero del 67; le mandamos la coleccion.—C. M., de Marín; recibimos las libranzas, importe de las renovaciones de su cargo.—M. L. Z., de Bilbao; tenemos correspondales en el punto que Vd. nos indica; hemos recibido las libranzas.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS Cabeza, 12, principal.

CANTARES. (1)

Niña, cuando eras pobre
¡qué hermosa estabas!...
Aunque hoy cubras tu cuerpo
de ricas galas,
dime ¿qué importa,
si el alma en mil girones
tienes, ¡ay! rota?

¡Como las hojas del árbol,
amarillas, caen al suelo!
¡Como nuestras ilusiones
poco á poco van muriendo!

Cual nave combatida
del Océano,
el corazón del hombre
va navegando...
¡Ay si le vencen
los duros temporales
que le acometen!

¿Vés cómo en Mayo
vive la flor?...
¿Por qué estrañas, entonces, que viva
solo en tu amor?

Mi ardiente fantasía
tendió sus alas,
y altiva hácia el empero
las remontaba...
Mas, con sus rayos,
el sol, poquito á poco,
las fué quemando.

En el jardín de la vida
flores son las esperanzas:
el desengaño es el viento
que luego las arrebatá.

¿A dónde vas, zagala,
por esos valles,
sin llevar á tu lado
¿quién te acompañe?...
Yo iré contigo,
y hallarás en mí un eco
de tus suspiros.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

(1) Estos, y otros que con la misma firma ya han visto nuestros lectores, pertenecen á un libro inédito que, bajo el título de *Baladas y Cantares*, va á publicar su autor.



LA FUGA DE LA ESCUELA.

LA FUGA DE LA ESCUELA.

El grabado que aparece en esta plana es copia de uno de los más celebrados cuadros de Poitevin, artista notable en este género de composiciones, y cuyos paisajes de Holanda son tan apreciados por los inteligentes.

Representa, como nuestros lectores comprenderán fácilmente, un grupo de muchachos que, en vez de tomar el camino de la escuela, han tomado el del campo, haciendo novillos, como suele decirse en el lenguaje estudiantil.

El autor los ha retratado en el momento en que se disponen á trepar á un nido, entretenimiento sin igual para los muchachos, y del que difícilmente no habrá participado nadie de los que hoy se hallan en edad madura. La alegría, la calma y la felicidad reinan en este cuadro, cuyo fondo es al mismo tiempo un paisaje de primer orden, que convida en efecto á gozar de él, aunque sea sacrificándole la aritmética y la ortografía.

CHARADA.

La primera es lo que aguardan todos los enamorados,
y un signo muy importante de la música y muy alto;
y unida á segunda y tercera en lenguaje castellano
es un adverbio de tiempo con que el tiempo eternizamos:
la cuarta es un verbo activo y otro la quinta; juntando la cuarta y la quinta son dos diferentes vocablos á saber, tiempo de un verbo y nombre adjetivo, y ambos están con la muerte en guerra desde que á la muerte odiamos; y si todas se reúnen darán el nombre bien claro de una flor que simboliza la memoria de los sabios.

UNA DUDA.

Inés se muere por mí,
aunque oculta que se muere
y yo sé que Inés me quiere
desde el punto en que la ví.
Yo, quiero querer á Inés,
desde que sé su cariño,
pero me doy tal aliño
que me sucede al revés.

¡Pobre Inés!... Pero, señor,
que así con mi gusto riña!
y el caso es, que es una niña
que no puede ser mejor.

Pero... ¿Si me habré engañado?
no: lo sé punto por punto:
¡vaya que es este un asunto
que lo doy al más pintado!

Yo quiero á Inés, y pretendo
que ya no me quiera Inés:
yo la quiero y... no, al revés,
ella quiere... ¡no lo entiendo!

Inés, tu cariño empieza
á darme tal desazon,
que ya no sé, en conclusion,
dónde tengo la cabeza.

Llegando á tales estremos
que, la brújula perdida,
me temo, Inés de mi vida,
que ninguno nos queremos.

Así, pues, por si tal es,
que bien puede ser que sea,
pensemos entrambos ¡eal
que no he dicho nada, Inés.

JULIO MONREAL.

MI UNICO BIEN.

BALADA.

Ni timbres, ni coronas,
ni aurífero arteson,
prestaron á mi cuna
renombre ni esplendor.
Tan solo de ella al lado
un arpa encontré yo,
labrada en la madera
(hermoso y triste don)
del árbol en que canta
de noche el ruiseñor.

La gloria, las mujeres,
la paz del corazón,
la libertad, los goces,
oscuro trovador,
con ella canté un día
de nombre y fama en pós.
¡Silencio hallaron sólo
los ecos de su voz!
¡Murieron como muere
la voz del ruiseñor!

Con flores de una tumba
ciñe su mástil hoy;
en él flota prendido
un velo de crespon.
¡El arpa se engalana
para cantar su adiós!
Partid, últimos cantos,
partid del corazón,
como los dulces trinos
de amante ruiseñor!

JUAN M. MARIN.

ADVERTENCIA.

Con este número cesamos de mandar el periódico á los suscritores que, á pesar de las advertencias y otros avisos, no han renovado sus suscripciones.

Damos las gracias á los muchos que ya lo han verificado, por la exactitud y el favor que dispensan á nuestra publicacion.

AVISO.

Suplicamos á nuestros suscritores que nos pidan colecciones, espliquen las clases que desean.

PRECIOS PARA LOS SUSCRITORES.

Coleccion con cubierta. 16 rs.

Encuadrada. 18

Para los no suscritores: 20 y 22 rs.